

Pública  
Majón



Epoca II. Año III

Alayor 8 Marzo de 1913

Núm 128

# Cruz y Espada

Publicación Semanal

Redacción y Administración:  
Reina, 33.

Suscripción 0'15 ptas. al mes  
Núm. suelto 0'05 ptas.

## RÁPIDA

El cinematógrafo es un aparato físico destinado a proyectar sobre una superficie, las imágenes agrandadas que impresas en una tira transparente a la que se comunica movimiento adecuado recibe el nombre de película.

Su objeto primario como se deduce de la definición es representar los cuerpos en acción.

Los fines secundarios son múltiples y podemos clasificarlos en religiosos, científicos, industriales, políticos y morales.

Respecto a la publicación de películas del primer orden, con tal que estén ajustadas al asunto que desarrollen y rigurosamente revisadas por un censor perito sirven de ilustración y propagación de la fé cristiana tan debilitada hoy día, tanto es así que hasta en el mis-

mo Vaticano y centros católicos no se ha tenido reparo en poseer instalaciones cinematográficas. La Religión protege siempre *lo bueno* de los adelantos modernos.

En cuanto a los progresos científicos ¿quien osará negar que el cine es el gran medio para contribuir o vulgarizar conocimientos que solamente privilegiadas personas son dadas a observarlos? como v. gr.. fenómenos geográficos verificados en climas excesivamente frios o cálidos: en Historia Natural, costumbres de animales, paisajes raros: en Química y Física reacciones, provocadoras de cuerpos compuestos nuevos, experimentaciones.

Entre los industriales tenemos elaboraciones diversas, manufacturas.

Por lo tocante a los políticos, cuestiones internacionales, guerras por mar y tierra; manifesta-

ciones populares y hasta episodios tal como no ha mucho tiempo se cinematografiaba el de aquel célebre personaje de sangre española y francesa apellidado «Máscara de hierro» y que según se dice era hermano de Luis XIV de Francia y primogénito, encarcelado desde jovencito y condenado al suplicio cuyo nombre le quedó, para que no fuera descubierto por ser de facciones similares a las del Pseudo-Delfin y habiendo conseguido más tarde evadirse de la prisión y casarse tuvo sucesión. Hecho misterioso digno de tenerse en cuenta y destinado a poner en berlina a soberanos europeos, que de proceder justamente tendrán que entregar los tronos a quien legítimamente corresponda.

Y en cuanto a los asuntos de moral hay unos que la contrarian p. j. duelos, asesinatos, suicidios robos, desnudos, besos, modas y todos cuantos matan, corrompen o alteran las consecuencias se suprimirán radicalmente so-pena de gravísima responsabilidad por parte de los que ensucien sus manos dando a luz tales películas, *cortar por lo sano para extirpar lo podrido* (es lo que han de sufrir las tiras).

Otros son indiferentes a ella como los *deportes* que puedan subdividirse en lacustre-marítimos, terrestres y aéreos. Son las proyecciones de esta categoría del agrado del público y añadiendo las recreativas escenas familiares, juegos ginnásticos y de prestidigitación, ejercicios militares etc. podrán elegirse de buen gusto.

Y por último ha de proyectarse y con aplauso, todos cuanta película moralice la humanidad, rechazar toda la escoria de películas francesas, que hacen befa de sus policías, escójanse chistes en los que se ridiculicen los vicios, como en muchos Salustianos y Toribios que en sabiendo acetónificar sin el resto inmoral que suelen contener, son divertidas vistas, y cuyos dones Salustianos abundan de todos los pueblos y se entremeten en todos los asuntos, y hasta no faltan que desempeñan viles o murmuradores oficios de cacique: Donnes Toribios y tales, que de no conocerse a fondo y describirlos frecuentemente. serían capaces de inficionar toda una *Isla*.

P.

---

## Patrón de la semana

S. Gregorio I el Magno, Papa.



Fué natural de Roma, y sus padres le dedicaron al estudio de las letras divinas y humanas, en las que salió tan erudito,

como lo demuestran las prodigiosas obras que dejó escritas. Desempeñó algún tiempo el cargo de gobernador de Roma, y muertos sus padres, edificó en la misma ciudad un monasterio para monjes Benitos, en el cual tomó el hábito religioso. Por muerte del papa Pelagio fué nombrado sumo Pontífice; pero como era humildísimo, resistió admitir la tiara, huyendo a ocultarse en una cueva, donde fué descubierto por una brillante columna de fuego. Colocado en la suprema dignidad, aplicó todo su cuidado a la reforma de las costumbres y a la dilatación de la fé. Envió a Inglaterra unos cuantos monjes a predicar, por cuyo ministerio se convirtió casi toda la Isla. El Señor le llamó a la eterna gloria el año 604.

## FÉ

### I

A mitad de su curso la noche  
ya el silencio domina en la estancia;  
el enfermo se queja unas veces,  
a ratos descansa,  
mientras vuela de un lado para otro  
agitando, indecisa, sus alas  
mariposa que besa anhelante  
la luz que se apaga.  
No se escucha de perro el ladrido,  
ni de mozos la alegre rondalla  
ni del pájaro bello los trinos,  
ni el ruido que encanta  
del pastor que conduce al aprisco  
su ganado por sendas extrañas  
y modula al volver por la selva  
sentidas sonatas.

Solamente el tic tac se percibe  
del reloj que las horas señala  
y en su marcha veloz al mundano  
denota a las claras  
cuán fugaz es la vida del hombre,  
cuán el tiempo corriendo se pasa  
sin dejar el más leve recuerdo  
de dichas pasadas.

### II

Junto al lecho decente y sencillo  
do el paciente a las veces descansa  
y a las veces delira aquejado  
de fiebre que abrasa  
cual paloma que arrulla a sus hijos  
y les presta calor con sus alas  
una esposa velando al esposo  
se encuentra en la estancia  
Amanece. Sus ecos vibrantes  
deja oír la sonora campana,  
y el enfermo en su frente imprimiendo,  
de frío bañada,  
la señal de la Cruz, abismado  
en un fondo de fé y de esperanzas,  
se dispone a elevar a los cielos  
humilde plegaria.  
Al notarlo, la esposa da rienda  
en silencio al dolor y a sus lágrimas;  
él lo observa y la dice: «no temas  
ni llores por nada  
que los ecos metálicos, tristes  
hoy de aquestas benditas campanas,  
son anuncios de gloria y ventura  
que Dios me prepara  
para siempre en las bellas mansiones  
donde tiene su eterna morada,  
por haber observado en la tierra  
su ley sacrosanta».

A. ALPANSEQUE Y BLANCO.

## ¡Viva el Rey!

Roffignac, el tatarabuelo de Cobbián, entró en la regia cámara y Luis XVI, que se hallaba contemplando, melancólico, detrás de los cristales de un balcón el declinar del día, tuvo un gesto de sobresalto.

El pobre rey estaba enfermo; de noche despertábase a menudo bajo la presión de horribles pesadillas, y durante las horas del día, cuando solía entregarse a sus ensimismamientos y le sorprendían los pasos o la voz de sus deudos y familiares, Luis XVI lanzaba gritos como una mujer histérica.

El ministro Roffignac habló, grave, sentencioso, casi amenazador. Era necesario darle satisfacción al pueblo, que pedía libertad; era urgente hacerlo, para salvar al Trono, acaso la vida del rey.

Al infeliz Luis XVI le pareció encantadora la solución propuesta por Hugo de Roffignac. El caso era detener los avances de la revolución, que le dejaran a él tranquilo en Versalles con sus cacerías, con sus fiestas y con sus «minuets», que, si no el cariño del pueblo, volviese a recuperar la

realeza el respeto de las muchedumbres.

Se hizo todo lo que pidió Roffignac y los sin camisa rodearon el Palacio para vitorear por primera vez al rey liberal. El rey se asomó sonriendo y después de mucho tiempo Luis XVI pudo por una vez contemplar cara a cara a su pueblo, sin miedo al ultraje de la multitud.

Roffignac era un gran ministro, sólo siguiendo sus consejos podía consolidarse la monarquía de Francia.

\*  
\*  
\*

Las muchedumbres rodeaban de nuevo el Palacio, pedían más libertad. La guardia suiza con sus picas tuvo que defender la regia morada del asalto de los sin camisa.

—¿Qué piden? preguntó trémulo el monarca.

—Piden que coloquemos en vuestro sombrero una escarapela tricolor. Os quieren más liberal todavía y la salvación del trono exige el sacrificio.

Luis XVI se asomó al balcón. Llevaba la escarapela tricolor y los sin camisa, sosegados por aquel

rasgo, prorumpieron en aclamaciones:

¡Viva el rey!

\* \* \*

—¿Otra vez?

Sí, dicen que la guardia suiza, con el pretexto de defender vuestra persona, ultrajó al pueblo, y reclaman que sea desarmada.

¿Qué debo hacer, Roffignac?

—Si queréis salvar a la Monarquía, no regatearle al pueblo esta satisfacción.

Se asomó el rey a la ventana y una sonrisa brilló en su rostro demacrado, al oír los gritos estentóreos de la plebe triunfante:

—¡Viva el rey!

\* \* \*

—¿Qué quieren ahora?

Roffignac, el buen ministro liberal, ya no podía contestarle. Huyendo de la revolución había escapado de Francia. Contestaron a la pregunta del monarca sin ventura los emisarios de la plebe armada:

—Venimos a prenderos en nombre del Comité de la salud pública.

El rey se sometió, y al contemplar su gran humillación, aún entre la multitud que había invadi-

do los patios de las Tullerías, algunas mujeres, impresionadas, saludaron a la realeza prisionera gritando:

¡Viva el rey!

\* \* \*

La revolución reclamó una nueva presa. Exigía esta vez lo único que los monarcas, por muy liberales que sean, jamás otorgan de buen grado a la plebe, pero que ésta sabe tomarse: pedía la cabeza del rey.

Y al inclinarse bajo la cortante cuchilla, los ojos vidriosos de Luís XVI vieron por última vez congregada a la muchedumbre, por cuyas benevolencias tantas humillaciones soportó. Los sin camisa, sedientos de sangre, vitoreaban en aquel momento a la libertad, y es fama que un ciudadano desarrapado, que se hallaba muy cerca del cadalso, para no perder detalles del suplicio, gritó en son de mofa, cuando caía la cuchilla regicida:

—¡Viva el rey!

*Cirici Ventalló.*

---

**¡Oid, católicos!**

«Cuando las aguas vengadoras del diluvio amenazaban invadir

las moradas de los hombres, éstos salieron de ellas y treparon, para salvarse, a los lugares elevados. Muchos que habrían tenido cuestiones enojosas y mortales contiendas, y que andaban separados por el odio, se encontrarían allí reunidos por la necesidad. Supongo yo que no habían entonces de acordarse ni de cuestiones, ni de contiendas antiguas o recientes, sino que rehuyendo a la muerte se estrecharían unos contra otros, y quizá se abrazarían llorando.

¡Señores, los que debíais trabajar como hermanos en un campo común, las aguas de la revolución van subiendo!

Y serán los primeros en el naufragio quienes primero abrieron las compuertas a la avalancha de las aguas; y nosotros desde nuestra cumbre loaremos a Dios por la divina obra de su justicia, nunca en vano burlada; y entended bien, que si queréis salvaros del universal diluvio, vosotros los recalci-trantes, habréis de tender hacia nosotros vuestras manos, y nosotros os las daremos, y sólo así seréis salvos; porque en aquella hora suprema sólo en la cumbre tradicional flotará triunfante, coronando con la aureola de la Cruz

de sus banderas victoriosas la apocalíptica majestad de las turbulentas aguas vengadoras.»

*Aparisi y Guijarro*

---

**El sigilo de la Confesión ha sido sellado  
con la sangre de muchos mártires.**

---

Habiendo sido derrotado el poder militar de los españoles en la batalla de Ayacucho, y encontrándose el Callao sitiado estrechamente por los vencedores, el P. Marielux no quiso abandonar de ningún modo al brigadier D. Ramón Rodil, Gobernador de la fortaleza del Rey Felipe.

Más adelante, en el mes de Setiembre de 1225, y después de nueve meses de sitio, la escasez y el escorbuto comenzaron a ocasionar el decaimiento entre los sitiados, propagándose rumores de conspiración.

El 22 de Setiembre el Brigadier recibió la confidencia de que a las nueve horas de la noche debía estallar un movimiento revolucionario, cuyo jefe era el comandante Montero, el más influyente de los lugartenientes de Rodil. Los hombres en quienes este tenía más confianza figuraban entre los más comprometidos.

Rodil, sin perder un minuto, los hizo arrestar, pero, a pesar de sus esfuerzos y amenazas, no pudo arrancarles la revelación más insignificante; negaron obstinadamente la existencia de la conspiración. Entonces el Brigadier, para de-

sembarazarse de todo cuidado, tomó el partido de fusilarlos a todos, inocentes o culpables, fijando precisamente las nueve horas de la noche; esto es, a la misma hora en que los conjurados se habían propuesto arrastrarlo a darle muerte.

—Capellán—dijo Rodil al P. Marielux, —son las seis. Tenéis tres horas de tiempo para confesar a estos insurrectos.

Dicho esto se salió del baluarte.

A las nueve, los trece conjurados entregaban su alma a Dios.

Sin embargo de este castigo, Rodil no se creyó todavía bastante seguro. ¿Quién sabe, decía, si he dejado en vida a otros conjurados y tal vez se hallen aún más comprometidos que estos en quienes la justicia ha tenido su cumplimiento? No, no puedo estar tranquilo. El confesor debe saberlo todo, hasta los más pequeños detalles. ¡Ea! Que hagan venir al capellán. Cuando éste hubo llegado, Rodil se encerró a solas con él y le dijo:

—Padre estos malvados os han revelado, sin duda, en la confesión todos sus planes y los elementos sobre los cuales habían fundado sus esperanzas. Es indispensable que me instruyáis completamente, y por lo mismo, en nombre del Rey, yo exijo que me lo contéis todo, sin omitir ni un nombre ni un detalle.

—Mi general—respondió el P. Marielux, —me pedís un imposible, porque no sacrificaré jamás la salvación de mi alma revelando el secreto de un penitente, aunque el Rey en persona estuviese aquí para mandármelo; que Dios me guarde de obedecer órdenes semejantes.

La sangre se subió a la cara del Brigadier, y, lanzándose sobre el sacerdote, le dió una sacudida en el brazo, gritando:

—Fraile; cuéntamelo todo o te fusilo.

El P. Marielux respondió con una serenidad verdaderamente evangélica:

—Si Dios quiere mi martirio, que se cumpla su santa voluntad. Un ministro del altar no puede revelar nada, sea quien quiera el que lo exija.

—¿No hablarás, pues, ¡oh fraile traidor a tu Rey, a tu bandera, a tu superior?

—Yo soy fiel a mi Rey y a mi bandera, añadió el sacerdote, —pero nadie tiene derecho a pedirme que sea traidor a Dios...; tengo prohibición de obedeceros.

Rodil, sin esperar más, abrió la puerta y gritó:

—¡Ea, capitán Iturralde, traed aquí cuatro guardias con los fusiles cargados!

Y los cuatro guardias se presentaron inmediatamente.

—¡De rodillas fraile!—rugió el bestia feroz de la fortaleza.

El sacerdote obedeció.

—¡Apunten!—mandó Rodil; y, volviéndose hacia la víctima, con una voz imperiosa exclamó:

—¡Por última vez en nombre del Rey, os intimo la orden de hacer revelaciones!

—En nombre de Dios me niego a hablar—respondió el religioso con acento débil, pero tranquilo.

¡Fuego!—gritó entonces Rodil. Y el P. Marielux, mártir ilustre de la Religión, cayó exánime, atravesado su pecho por las balas.

---

---

**Cuidado que hay que poner**

**en la confesión de los pecados**



Tocando a su término el tiempo

pascual presentóse un labriego a su Párroco, y con poca o ninguna preparación, dispuesto a hacer su confesión anual de una manera rutinaria, sin dar al acto la importancia que realmente tiene, dijo:

—Señor Cura, vengo aquí para cumplir con parroquia. ¿Quiere usted oirme en confesión?

—Con mucho gusto, buen hombre, le contestó el cura; pero añadiendo: *Os oirá también Dios.*

Al celoso sacerdote le pareció la observación conveniente, y la verdad es que resultó oportuna.

—¿Que también me oirá Dios, dice V., Padre?

—Pues es claro.

—Entonces, si también me ha de oír Dios, la cosa es muy seria, señor Cura. He de reflexionar un poco más y examinar mejor mi conciencia. A Dios no se le habla así a la ligera. Me tomaré un tiempo para prepararme y tener bien pensado lo que yo he de decir.

En vuestra confesión tened en cuenta que el confesor es el representante de Dios; lo que decís al confesor se lo decís a Dios. Si esta idea la mantenéis viva en vuestra alma, vuestras confesiones no las haréis a la ligera, sino que os dispondréis a ellas debidamente.

## Variedades

### Pensamientos

Jesucristo, siendo la sabiduría infinita, no quiso escribir nada; poco, y *eso en arena.* ¡Claro! El mundo está lleno de libros, son una Batel de contradicciones; la mayor parte no se leen; los que se leen, no se asimilan; los que se asimilan, se olvidan; los que no se olvidan, pocos los practican; y el corazón humano siempre siguiendo sus caprichos y veleidades.

El hombre es indulgente con los defectos propios; severo e inexorable con los ajenos.

Fresca está una sociedad gobernada por el temor *al qué dirán.*

BALMES.

## ANUNCIO

### Para vender

Lo están varias casas situadas en sitio céntrico de Ciudadela.

Informarán en la imprenta de este periódico, calle de José M.<sup>a</sup> Quadrado, número 16.

A. MOLL CAMPS.—CIUDADELA